

"POBLACION ESPERANZA"

II.— La Escenografía — Los Intérpretes
Por H. N. González

Al comentar en la nota de ayer la puesta en escena, me referí brevemente a sólo un aspecto del lugar dramático en su construcción integral, que tuvo bajo su responsabilidad el hábil director-ayudante, Gustavo Meza y que es el "vestuario de los intérpretes".

Es inexcusable examinar ahora los resultados que obtiene Raúl Aliaga con su creación escenográfica para el lugar de la acción, debiendo anticipar que, dentro de los modernos conceptos, esos resultados son sencillamente óptimos, declaración que no me impide formular mi invariable norma objetiva, ajena siempre al ditirambo.

El proscenio del T. Concepción, por su amplitud, tramoya y escaso plano inclinado, ofrece los elementos más adecuados para escenario en volumen que se impone en obras del género de "Población Esperanza", para crear con máxima autenticidad el medio en que la acción se desenvuelve.

Con esos medios particulares de la construcción misma del edificio, Raúl Aliaga tiene amplio campo para desarrollar sus claras ideas básicas de la escenografía y, en especial aquellas que se relacionan con la visión más completa de la escena, desde todos los ángulos en que se ubican los espectadores, sobre todo en un teatro de líneas y configuración pseudo aristocrática, como son el T. Concepción, el Municipal de Santiago y unos pocos más en el país.

Como se apreció en "Una Mirada desde el Puente", Aliaga crea escenografías para el proscenio en que debe montarla, haciendo converger la visual del público hacia los planos centrales próximos a las aún llamadas candilejas, lo que permite disfrutar el espectáculo aun a los espectadores peor ubicados.

Luego entra de lleno, el escenógrafo, a la creación misma de la escenografía sobre la base de las sensaciones que el estudio de la obra a representarse provocó en su espíritu, único, exclusivo camino para alcanzar una realidad de la idea fundamental de que esa escenografía adquiere el rol preciso de instrumento de la labor de los intérpretes, que sea, podría decirse, el personaje inmóvil y permanente en estrecha colaboración con los seres animados que se mueven en la escena. Y, hasta ahora, Raúl Aliaga viene logrando tal creación, con lo que ha contribuido eficazmente a los rápidos y sólidos progresos del TUC.

Para glosar la labor de los intérpretes es preciso enfocarla a través de tres grupos: el que asumió los personajes caracterizados; el que elaboró los personajes serios o "normales" y el que tuvo a su cargo los personajes secundarios.

Jasna Ljubetic, Mireya Mora y Andrés Rojas Murphy encarnaron a "Luzmira", la humildísima lavandera de población callampa; a "Emperatriz", la mendiga contumaz que arrienda "guaguas" para el ejercicio de su profesión; a "Filomeno", el indestructible mendigo-actor que finge una sordo-mudez definitiva para despertar la conmiseración del agitado transeúnte ciudadano, con la veracidad, la proyección profunda y el dinamismo especial que seres vivientes de esa

categoría, inventariados en la escoria social, tienen en su valor humano, destacando con perfiles rotundos, en una labor consagratoria, en la elaboración de los personajes que dan la tónica del drama, pues representan, con perfecta fidelidad, individuos de esa caterva social chilena que busca la solución de su hambre nunca saciada, a base de ingenio, sacrificio y renunciamento.

Estos intérpretes han conseguido algo que, para un conjunto teatral experimental, es decir, para un núcleo de hombres y mujeres, jóvenes o maduros, que por temperamento o natural inclinación, realizan arte por el arte, adquiere los perfiles de las cosas definitivas. Jasna Ljubetic, Mireya Mora, Andrés Rojas Murphy establecieron plena categoría para que se les confie, sin temores o restricciones, cualquier papel de los que corresponden a los verdaderos actores del teatro moderno. Sus caracterizaciones de personajes populares, que miles de veces cruzaron nuestro camino, lo comprueba sin reclamo alguno.

Entre ese grupo y el de los personajes que se denominan "serios", con la indiscutible excepción del "Teófilo Reinoso", el viejo maestro de escuela fracasado, personificado por Vicente Santamaría que, una vez más, puso en evidencia sus excepcionales condiciones histriónicas, hay un espacio diferencial notorio.

Delfina Guzmán, en el rol de "Flora Balcarce", la visitadora social de humilde origen, por razón de fuerzas atávicas se enamora como mujer integral del ladrón "Estanislao Errázuriz", representado por Tennyson Ferrada, y éste mismo, no lograron reeditar an-

teriores meritorias actuaciones, notándose insuficientes, a veces temerosos, de conferir a sus personajes el vigor vital que tienen en la intención literaria de la obra, tal vez por no haberse adentrado bastante en el denso valor anímico de la novelística de Manuel Rojas.

Nancy Schmauck, cuya presencia juvenil ha sido apoyo y valía en personajes más difíciles de obras anteriores, retuvo sin motivo su natural dinamismo, su consabido aplomo escénico, desvirtuando a la trotacalles "Ana María", que por múltiples inferencias del texto dramático, debe ser un personaje gallardo e influyente en el movimiento escénico.

Los personajes secundarios — uso esta expresión que no cabe en los cánones del teatro moderno para una simple finalidad de mejor comprensión — animados por Nelson Villagra ("El Zurdo"); Luis Alarcón ("Zacarías"); Inés Fierro ("Violeta"); Gustavo Sáez ("Rafael"); Enrique Inostroza ("Trifulca") y Jaime Vadell ("Juan Reinoso"), siguiendo el orden de aparición en escena, consiguieron una ajustada valoración, al ser encomendada su representación a elementos conscientes de la finalidad artística y estructural que tienen dentro de la obra puesta en escena, a la vez que poseedores de la sensibilidad y suficiencia dramáticas, sin las cuales es imposible hacer de un simple ciudadano, un actor teatral.

La Patria
11-I-59.

99006